

# Comentario de Libros

## LAS NACIONALIZACIONES Y LA DEMOCRACIA CRISTIANA.

Federico Klein Reidel.

Colección ARAUCO.

PLA, 1964.

La segunda mitad de este siglo pasará a la historia como la época de la liberación política y económica de las pequeñas naciones sojuzgadas por el imperialismo, sea éste el norteamericano o europeo. Sopla un viento a favor de los pueblos eufemísticamente llamados subdesarrollados, pero que en realidad, como lo afirma Carlos Altamirano O., prologuista del libro que nos preocupa, debieran llamarse superexplotados. A la independencia política de los países africanos, se suma la heroica y espectacular liberación de un país hermano y próximo: Cuba. El imperialismo empieza a desmoronarse. Las coyundas seculares ceden y se cortan ante el formidable avance de los pueblos. El saqueo toca a su fin. Y ciertamente que no es por gracia concedida, sino por la lucha permanente y sin cuartel.

El ejemplo de Cuba tiene un valor extraordinario. Era el país donde el imperialismo tenía más profundamente hundidas sus garras. Dependencia absoluta: un tirano para su uso público y privado, posesión de sus riquezas básicas, centro de diversión de sus millonarios y tahures, control militar de su aparato defensivo, invasión total de su mercado de consumo y perversión sistemática de sus clases dirigentes. Toda la economía cubana estaba bajo el implacable dominio del imperialismo yanqui. Y la historia que sigue es conocida. Importa destacar el hecho más significativo de la lucha que viven los pueblos latinoamericanos: Cuba ha demostrado a sus hermanos que sin la "ayuda" yanqui se puede subsistir y, lo que es más, conseguir realmente el desarrollo económico acorde con las aspiraciones y necesidades de sus pueblos. El camino es arduo, pero un camino iluminado por la dignidad y la autodeterminación.

Hay una relación muy íntima entre la independencia política y las nacionalizaciones, que es la independencia económica. La expulsión de los imperialistas significa, como consecuencia dialéctica, despojar de su carácter dominante a las oligarquías criollas, aliadas naturales del imperialismo. Y nacionalización es equivalente económico de expropiación. El contenido del libro de Federico Klein centra su interés y desarrollo en las nacionalizaciones. Modestamente el autor lo llama folleto, pero es un ensayo magnífico en el que se analiza con acopio de antecedentes históricos, jurídicos y económicos el problema candente de esta hora, principio y fin del sometimiento de estos países "superexplotados".

¿Qué es la nacionalización? El proceso por el cual la propiedad, los derechos e intereses son transferidos de la posesión privada a la pública. Tiene por objeto una actividad económica y como fin su desarrollo en beneficio de la colectividad. De veras que resulta fácil enunciarla conceptualmente. Cualquier estudiante de derecho la memoriza y puede repetirla ante su profesor. Lo difícil está en realizarla. Hasta la fecha ella ha costado sangre y sacrificios. Federico Klein nos da acuciosa relación de los países que han debido nacionalizar por imperativo de su destino histórico. El caso de Egipto es particularmente interesante y aleccionador. El autor dice: "Egipto nacionalizó en 1956 el Canal de Suez, vía estratégica fundamental, cuyo propietario era la Compañía del Canal de Suez formada en su mayor parte por capitales ingleses y franceses. En ese año las utilidades de la compañía llegaron a 32 millones de libras de las que correspondía al Estado egipcio un millón. La

posesión del canal, donde tenía estacionadas sus tropas, pareció siempre un hecho cardinal al imperio británico. Sus comunicaciones con la India, con la región petrolífera de Arabia y el Lejano Oriente no las creía seguras sino con el dominio del canal. Egipto, por su parte, estimaba esencial para su soberanía la recuperación del canal y el ejercicio de su plena autoridad en la zona. Gamal Abdel Nasser sin vacilar ante los grandes riesgos, ni arredrarse ante la propaganda y las amenazas, decretó la nacionalización del canal. Todas las predicciones de los círculos afectados en el sentido de que Egipto carecía de técnicos para manejar el canal, que éste se embargaría, que no tendría maquinarias de repuesto, que terminaría en poder de los comunistas, quedaron desmentidas por los hechos". ¿Qué ocurre en la actualidad? "El canal ha sido ensanchado, las entradas aumentaron de 32 millones de libras en 1956 a 55 millones en 1962, lo cruzan buques de mayor calado que antes y su tonelaje casi se ha duplicado".

Impedir la nacionalización es un desesperado esfuerzo del imperialismo. Echará mano a todos sus recursos para conservar sus fuentes de abastecimientos y sus mercados de colocación. Ningún medio le será prohibido. Desde la difamación hasta el soborno, desde la intervención diplomática hasta la penetración castrense. En última instancia debe rendirse a los hechos, que siguen siendo porfiados, como dijera Lenin. Queda la indemnización. Federico Klein en el capítulo pertinente nos afirma lo que sigue: "Si la nacionalización es un derecho que emana de la soberanía de los Estados, la indemnización, que no es sino una de sus consecuencias, se rige también de acuerdo con lo que el Estado soberanamente disponga". El principio es interesante. Por lo general, la indemnización que se exige debe ser "adecuada, pronta y efectiva". Por razones morales, económicas y jurídicas ella ha sido prácticamente gobernada por la voluntad de los países que nacionalizaron. Es interesante conocer la argumentación de carácter moral que nos da el autor: "Las naciones subdesarrolladas han pagado durante siglos un tributo de riquezas y sangre a las grandes potencias imperialistas, las que, precisamente por eso, presentan hoy un nivel de desarrollo, industrialización, bienestar y progreso científico incomparablemente superiores a aquéllas. ¿Sería entonces moralmente aceptable que las víctimas tuvieran que indemnizar en aquella forma a sus victimarios para recuperar lo que en de-

recho les pertenece? Elementales principios de equidad rechazan tal solución, sobre todo cuando existe la conciencia de que los inversionistas han retirado y centuplicado todo lo invertido en los países coloniales". Hay numerosos precedentes de países que han pagado sus indemnizaciones a largo plazo y en condiciones convenientes a sus intereses. Sin alejarse mucho, Francia y Gran Bretaña, en las amplias nacionalizaciones decretadas después de la segunda guerra mundial, emitieron valores del gobierno para pagar sus indemnizaciones. Argelia todavía no ha pagado indemnización alguna por sus nacionalizaciones. Las discusiones entre México y Estados Unidos se prolongaron durante diez años y sólo en 1947 se llegó a un convenio de pago. Cuba no ha pagado indemnización.

Federico Klein nos reserva toda su capacidad polémica en un capítulo que es el que justifica la aparición del libro y que le da título: La Democracia Cristiana y las Nacionalizaciones. En él se prueba que la Democracia Cristiana no es tan democrática ni tan cristiana. Desde luego abomina del nacionalismo, esa fuerza que promueve a los pueblos por la realización de su destino y que sólo los comprometidos con los intereses foráneos confunden con el chovinismo, desviación formalista del patriótico sentido de defensa de los valores permanentes de una nación. En el "ABC de la Democracia Cristiana", especie de catecismo teórico de los principios y prácticas que rigen a este partido, se incluye una pregunta, la número 70: "¿Qué es el nacionalismo?". He aquí la respuesta: "Es la doctrina que exalta el amor a un Estado determinado, proclama la supremacía de ese Estado sobre los demás y promueve el patriotismo exagerado (chovinismo) el que se plantea con el peligro de aumentar la discordia entre los pueblos y conducir a la guerra". En la pregunta número 71 se dice: "¿Qué piensa el Partido Demócrata Cristiano del nacionalismo?". Y la respuesta es la siguiente: "Lo rechaza enérgicamente".

A un planteamiento teórico expreso, condigna prueba de su conducta práctica. La Democracia Cristiana ha venido dando cuenta evidente de su relación con el imperialismo al través de hechos contundentes: ratificación del Tratado de Asistencia Recíproca de Río de Janeiro, el frustrado Convenio Educativo con Estados Unidos, durante el cual era ministro Bernardo Leighton, apoyo al Pacto Militar, concurrencia con sus votos a la aprobación del Nuevo Trato del Cobre y al Referéndum Salitrero y apoyo incondicional

a la Alianza para el Progreso. Como lo prueba Federico Klein la filiación imperialista es irrefutable. Son los peligros de confundir el nacionalismo con el chovinismo. Pero no se trata de una confusión por desconocimiento de la realidad. Simplemente es el hecho ya probado que la Democracia Cristiana es el nuevo rostro de la reacción. Veamos lo que dice su candidato a la Presidencia de la República: "La Democracia Cristiana ha sostenido invariablemente una posición favorable a las inversiones privadas extranjeras". Y agrega lo siguiente: "¿Qué ventaja significaría todo ello (la nacionalización) para la independencia y el progreso económico de la nación: cambiar un sistema conocido por otro por conocer?". El sistema conocido lo señala con cifras Carlos Altamirano, talentoso diputado socialista: "El total de cobre exportado por las empresas de la gran minería, vale aproximadamente TRESCIENTOS TREINTA MILLONES DE DOLARES, pero el país sólo recupera alrededor de CIENTO OCHENTA MILLONES DE DOLARES. Como puede apreciarse, el mantenimiento forzado de esta excepción, odiosa por su carácter abiertamente discriminatorio, nos obliga a exportar, anualmente, sin retorno, riquezas equivalentes A CIENTO TREINTA MILLONES DE DOLARES, en un total de ingresos del comercio visible de CUATROCIENTOS OCHENTA MILLONES DE DOLARES".

El candidato de la Democracia Cristiana se opone a las nacionalizaciones por dos hechos: su solidaridad con los monopolios extranjeros y el temor a que los grupos oligárquicos chilenos se vean perjudicados por un hecho económico que necesariamente traería consecuencias restrictivas para su predominio

incontestable en el país. Es una defensa de clase planteada sin equívocos. Ni siquiera algunas iniciativas, aparentemente populares, salvan al Partido Demócrata Cristiano de caer en contradicciones antagónicas con su afán de aparecer como defensor de los intereses de Chile. Con respecto al impuesto del cobre no refinado Federico Klein dice lo siguiente: "Senadores del Partido Demócrata Cristiano, ansiosos de congraciarse con la marea nacionalista que sacude a Chile y demostrar su independencia frente a las Compañías del Cobre, introdujeron en la ley 15.575, promulgada el 14 de Mayo de este año, un artículo que establece un impuesto de 2 centavos de dólar por cada libra de cobre exportado sin refinar a partir del 1º de Julio de 1965. Sin embargo, leales al mismo tiempo con las compañías que tan denodadamente les ayudan para alcanzar el triunfo en las elecciones de septiembre, se cuidaron de introducir nada menos que siete excepciones a dicho impuesto, de tal manera que en el mejor de los casos para Chile y en el peor para las empresas norteamericanas, tal impuesto se haría efectivo, en realidad, sólo a partir del 1º de Enero de 1969, o sea, para las calendas griegas".

"Las Nacionalizaciones y la Democracia Cristiana" es un ensayo valiosísimo para el esclarecimiento de las dos posiciones que hoy enfrentan al electorado chileno: la candidatura del pueblo, representada por el Dr. Salvador Allende, y la candidatura de la reacción, representada por el Sr. Eduardo Frei. Hay que agradecerle a Prensa Latinoamericana que haya publicado el ensayo de Federico Klein en una edición popular, barata y decorosamente impresa.— G.